

Presentación

En esta oportunidad, como a partir del año 2000, cuando decidimos crear *Desde el Jardín de Freud* con el ánimo de difundir las reflexiones que psicoanalistas, académicos, escritores y artistas desearan ofrecer sobre un tópico dado de interés y actualidad para el psicoanálisis y la cultura en general, quienes integramos la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia entregamos a ustedes la edición número 12 de la revista, dedicada a la cuestión del síntoma. Cuestión en su múltiple acepción, pues fue a título de pregunta por plantear, de materia por discutir, de problema por resolver, de pesquisa por realizar, como propusimos a nuestros colaboradores trabajar sobre el síntoma.

En su más simple consideración, el síntoma es la expresión de un malestar, de aquello que no funciona de acuerdo con lo esperado, y esto tanto a nivel de la clínica como en el campo de lo social. En el primer caso, el acento está puesto en el sujeto que sufre y en el Otro al que este dirige su queja o su pregunta. En el segundo caso, si bien hace ya tiempo que no dudamos en dar el título de “sintomáticas” a las manifestaciones mediante las cuales las sociedades acusan recibo de lo que no marcha, se necesitó de la propuesta lacaniana del “síntoma social” para dar estatuto teórico a esta formulación.

De cualquier modo, esta doble referencia —al sujeto y al “cuerpo social”— da una idea del uso, a la vez restringido y amplio, que podemos dar a la categoría de síntoma: así nos percatamos del amplio espectro de fenómenos propuestos a la reflexión. Ya en nuestra elaboración previa a la convocatoria, advertíamos cómo, en lo que concierne al psicoanálisis, la doble referencia mencionada nos pone sobre la pista de una discusión pertinente y actual acerca de la distancia o de la proximidad entre el síntoma “individual”, aquel que resulta de la elaboración freudiana y cuya referencia es el sujeto —castración mediante—, y el “síntoma social” que, por su parte, encuentra soporte en la categoría de discurso, particularmente en el discurso del amo.

En relación con este último asunto, advertíamos también que quizás la categoría de síntoma social haría factible la participación de investigadores de las distintas disciplinas de las ciencias humanas y sociales que pudieran aportar sus elaboraciones

para enriquecer el panorama de lo que nos proponíamos tratar. No fue así. En esta ocasión la revista cuenta solo con artículos de psicoanalistas o de quienes trabajan en su práctica terapéutica o investigativa con los conceptos del psicoanálisis. La ausencia de investigadores de otros campos es una constatación que no puede menos que interrogarnos, dado el interés que nos suscitaba la posibilidad de un debate con ellos. Es que, para empezar, la categoría de “síntoma social” procede de la teoría marxista de la historia y la economía y, apoyándose en esto, Lacan sostuvo que ¡Marx fue el inventor del síntoma! En todo caso, considerábamos que la formulación del síntoma social era apropiada para establecer otras conexiones que, no por inmediatas, queríamos dar por sentado. Así que otro panorama se abrió a la reflexión. Nos preguntábamos si, acaso, esta categoría se refería a la historicidad del síntoma, asunto ineludible cuando se estiman las complejas relaciones entre el síntoma y el discurso. En efecto, nadie ignora que el síntoma está en relación con los ideales e imperativos de una época, pero, precisamente, anotábamos la exigencia de sopesar la determinación del síntoma por el discurso para no caer en la trivial acumulación de “síntomas contemporáneos”, a la manera como proceden las clasificaciones psiquiátricas. Y no solo eso, pues percibíamos que en una relación en la que el síntoma responde “sin resto” al discurso, como en ocasiones se sostiene, por ejemplo, respecto de las adicciones, se perdía nada más y nada menos que la función del síntoma. Algunos autores, tratando estos asuntos, se pronunciaron a favor de preguntarse por el carácter de síntoma adjudicado a estos fenómenos, y condujeron su interrogación a las apuestas clínicas para hacer de ellos... síntomas, precisamente.

Ahora bien, este no fue el único caso en el que los autores interrogaron la pertinencia de llamar síntoma a fenómenos que exceden el campo de las neurosis. Así por ejemplo, si bien es posible admitir la aplicación de la categoría de síntoma a las psicosis, y esto gracias a la extensión del concepto de síntoma que aporta el reconocimiento de su función, las cosas no se dan por sentadas en todos los casos, menos en aquellos más complejos, como ocurre, por ejemplo, en el autismo. Por lo demás, ¿qué decir de las manifestaciones orgánicas, síntomas médicos a no dudar, pero en los que el clínico presta una escucha al sufriente apostando por su “sintomatización”? Este territorio, el de una clínica en la que solo el psicoanalista puede ofrecer un dispositivo de palabra, se halla, no obstante, en riesgo en la actualidad, debido a las restrictivas políticas institucionales en el campo de la salud, paulatinamente sometidas a una concepción del sufrimiento humano tanto más medicalizada cuanto que se ha perdido la creencia en el síntoma: en el hecho de que el síntoma tiene un sentido, una significación para el sujeto que lo soporta. Pero, ¿acaso los psicoanalistas mismos, prejuzgando una

afirmación lacaniana al respecto, no hemos echado a correr la idea según la cual el síntoma “no llama a la interpretación”?

Volvamos ahora al campo inaugurado por Freud, y midamos desde ahí la complejidad de la cuestión, pues es sabido que Freud rompe con la concepción clásica del síntoma formulada por la racionalidad médica y que, desde entonces, la divergencia con respecto a esta última no ha hecho más que profundizarse, habida cuenta de la reducción sin matices del sufrimiento psíquico a trastorno biológico, promovida por la ciencia contemporánea. Según decíamos, el síntoma está en el principio del asombro de Freud ante el relato que Joseph Breuer le hace de la cura catártica de Anna O... El asombro derivó pronto en una explicación inédita, e inaugural del psicoanálisis mismo, si pensamos que Freud descubre que el sentido del síntoma lo detenta su portador, solo que él no lo sabe, porque le es inconsciente. Al síntoma, tal como Freud pudo escucharlo de boca de las histéricas, le debemos, anticipadamente, la formulación del inconsciente y de sus leyes de funcionamiento. Desde entonces, el síntoma no dejó de estar en ese lugar primero, privilegiado para Freud, a pesar de las continuas transformaciones a las que sometió sus elaboraciones. Así, por ejemplo, mediando la introducción del *más allá del principio del placer*, Freud abandonó su confianza en la supresión del síntoma mediante la interpretación del deseo rechazado que ese síntoma figura, para constatar la dimensión de satisfacción pulsional que el síntoma contiene. En consecuencia, no solo abandonó la que era su herencia médica y psicoterapéutica, y el *furor sanandi* correlativo, sino que pudo destacar esa otra vertiente del síntoma, la que no se deja absorber por el trabajo de desciframiento, lo que dio pie a una modificación importante en lo relativo a la terapéutica psicoanalítica. Así las cosas, este recorrido se impone cuando se aborda la cuestión del síntoma y, en efecto, los autores no dejaron de hacerlo, apuntado al asunto crucial que está en juego: a las consecuencias de las modificaciones teóricas sobre la dirección de una cura que, más allá de la terapéutica, se plantea como una praxis necesariamente articulada con una ética: la del ‘bien-decir’. En este orden de ideas, una especial atención han merecido por parte de los autores ciertas coordenadas del fin de análisis que señalan, entre otros, la variación de la posición del sujeto en relación con su síntoma, la desvalorización del goce del síntoma, la identificación con el síntoma, el encuentro con un real que el síntoma, en su condición de *sinthome*, vendría a precisar...

Vertiente signifiante y vertiente real del síntoma: retomando, agreguemos que los desplazamientos presentes en el recorrido de Freud aparecen así señalados en la obra de Lacan y se enriquecen mediante el uso de nociones hoy imprescindibles como “envoltura formal” y goce del síntoma, que no necesariamente se recubren y que, por lo mismo, plantean una exigencia de rigor conceptual. De hecho, Lacan

prolongó la elaboración freudiana y esta prolongación, como ha sido destacado por los autores, aporta una más precisa formalización del estatuto del síntoma, entre otras cosas gracias al uso de los tres registros, simbólico, imaginario y real, acentuados paso a paso según la prioridad acordada a cada uno de ellos pero, finalmente, articulados gracias al *sinthome*. Del punto de partida a este de llegada, varias interpolaciones se han señalado en los artículos, de acuerdo con el acento que cada cual buscó imprimir. Tal es el caso del desplazamiento que se opera de la perspectiva metafórica del síntoma y, en consecuencia, del par significante exigido por su estructura S_1 - S_2 , a la consideración del síntoma como aquello que del inconsciente puede traducirse por un elemento Uno, por una letra: la letra-síntoma.

Pero, sin lugar a dudas, la atención que Lacan reconoce a la función del *sinthome* a la altura del anudamiento borromeo de las tres dimensiones de lo humano —real, simbólico e imaginario—, se reconoce como un aporte de cuya fecundidad da cuenta la mayor parte de las colaboraciones. En efecto, esta última teorización lacaniana no solo desemboca en una consideración novedosa de las estructuras clínicas, neurosis, perversión y psicosis, que necesariamente interroga la idea de la caducidad de las grandes categorías de la clínica freudiana en la época contemporánea; paralelamente, una vez que se destaca el lugar y la importancia de la nominación paterna en la función del síntoma, este aporte conduce también a precisar los efectos que ejerce sobre el síntoma mismo la estructura “discursiva” del capitalismo y, en esa perspectiva, las alternativas, es decir, las opciones de anudamiento singular mediante las cuales los sujetos hacen de su síntoma una solución...

En todo caso, el énfasis en la función del síntoma abre el panorama hacia una arista de la cuestión francamente alejada de lo psicopatológico, en virtud de la cual este adquiere un valor inédito. El síntoma es una construcción del sujeto, una invención, que indica tanto aquello que no marcha, un real, como su tratamiento. Tratamiento de goce, podría decirse, en alusión a la afirmación lacaniana, según la cual el síntoma ofrece al sujeto una modalidad alterna para que pueda gozar de su inconsciente, lo que le permite, precisamente, no ser gozado por el Otro.

En ese sentido, al establecer una distancia, el síntoma toma el valor de resistencia, de objeción del sujeto a marchar en función de los dictados del Otro, incluso al precio de su propio “bienestar”, y cualquiera sea la figura de dominio en la que se encarne ese Otro: el Otro del deseo, en su viraje hacia la voluntad de goce, o el Otro del discurso. Se afirma así la indudable presencia del Otro en lo que hace síntoma, pero también el límite a sus determinaciones.

Como puede notarse, la cuestión del síntoma nos ha puesto frente a un concepto fundamental de la teoría y de la práctica psicoanalítica y del psicoanálisis como

discurso. Concepto fundamental y plurivalente, que subtiende aspectos doctrinarios y éticos ineludibles en la reflexión de los psicoanalistas. Lo que no resulta extraño, pues el síntoma es la condición misma de la praxis psicoanalítica que, en cuanto tal, ha promovido y promoverá la interrogación del saber constituido y su invención. Una cuestión que mantiene vivo el psicoanálisis en la actualidad, tanto más decisiva para su porvenir cuanto que la estrechez de los modelos neurocientíficos de pensamiento en boga en el campo de la “salud” pretenden acallarlo, a toda costa. ¿Qué sería de un sujeto sin síntoma? Como afirma uno de los autores, bien podría ser la figura del individuo cuya fabricación pretende el capitalismo: sin singularidad, pero también sin posibilidad alguna de oposición, de resistencia. Por suerte, otras prácticas, incluidas de manera especial la creación artística, nos siguen asombrando por su penetración y el ingenio con el que advierten la condición indiscutible del malestar humano que se hace síntoma como denuncia y medida de la condición inalienable del sujeto.

Sylvia De Castro Korgi

EDITORA

